

ques americanos se había incendiado, otro se había ido á pique y los demás se hallaban llenos de averías; y como renovar el combate hubiera sido una imprudencia, Arnold y sus oficiales, despues de consultarse detenidamente, resolvieron retroceder á Crown-Point, cosa más fácil de resolver que de ejecutar, porque el jefe británico había dispuesto sus buques en línea desde la isla hasta la playa, para impedir la retirada del enemigo, hasta que llegando el día siguiente pudiera atacarlo de nuevo. Pero precisamente aquella noche fué sumamente oscura; soplabá una fuerte brisa del Norte, y tan pronto como los marinos ingleses se retiraron á descansar de sus fatigas, los barcos americanos izaron sus velas y lograron deslizarse entre los buques enemigos, con tan buena suerte que al amanecer se hallaban ya á diez millas de distancia de los ingleses.

A la mañana siguiente Carleton dió orden para que se persiguiera á los fugitivos, y aunque durante el día les fué contrario el viento, pocas horas despues consiguieron avistarlos aproximándose mucho á ellos: Algunos de los barcos americanos continuaron su fuga, consiguiendo al fin escaparse, pero el resto de la escuadrilla que se componía solo de la galera de Arnold y del *Washington*, fué atacado con inusitada furia. El último de estos buques tuvo que rendirse, pero Arnold continuó peleando hasta que la escuadra enemiga rodeó su barco convertido materialmente en una criba. El jefe americano se dirigió entonces hácia la playa, saltó á tierra despues de pegar fuego al *Congreso* y huyó con sus hombres á través de los bosques de Crown-Point, escapando casi milagrosamente de una emboscada india. Los americanos habían perdido once barcos, y los ingleses dos ó tres lanchas, habiendo muer-

to unos noventa hombres por cada parte (\*). Carleton se presentó en Crown-Point el día 15 de octubre, y al verle llegar las tropas americanas estacionadas allí pegaron fuego á las casas, y se retiraron á Ticonderoga, donde los generales Schuyler y Gates se hallaban dispuestos á defender la plaza hasta el último extremo. Carleton tomó posesion de Crown-Point, y se propuso atacar á Ticonderoga, pero despues de examinar las obras, y reflexionando que la estacion se hallaba muy avanzada, retiróse con su ejército para establecer sus cuarteles de invierno en el Sorel.

Vemos pues que una parte del plan de los ingleses, que consistía principalmente en que avanzara Carleton para unirse con las fuerzas de Nueva-York, acababa de fracasar por completo; y como por otra parte, no se temía ya peligro alguno en el Norte, dejóse una corta guarnicion en Ticonderoga, y la mayor parte de las tropas marcharon en el mes de noviembre á las órdenes de Gates, para reunirse con el comandante en jefe.

Hemos dicho ya en qué estado se hallaban los asuntos en el Norte, y por lo tanto trasladaremos al lector á Nueva-York, donde era muy crítica la situacion de los negocios públicos.

Motivos tenía Washington para estar inquieto sobre su posicion, pues veía acercarse el momento de la lucha, y cuando el general Howe desembarcó en la isla de Staten, el jefe americano solo contaba con diez mil hombres, de los cuales muchos estaban inútiles por causa de las enfermedades. Cierta es que luego se le incorporaron algunos regimientos procedentes de otros Estados, pero aun así, según manifestó en una carta dirigida el 8 de agosto al Congreso, el

1776.

(\*) *Historia naval de Cooper*, vol. 1, pág. 75.

total de sus fuerzas no pasaba de diez y siete mil hombres, de los cuales tres mil estaban enfermos. A pesar de aquel triste estado de cosas, Washington abrigaba la esperanza de que el enemigo no obtendría muchas ventajas, sino á costa de grandes sacrificios, con tanto más motivo cuanto que poco tiempo despues llegaron refuerzos, con los cuales ascendió ya el ejército á veinte y siete mil hombres, si bien todos ellos se hallaban en un estado asaz miserable y muy mal disciplinados. Además de esto las rencillas y cuestiones particulares que se suscitaron entre unos y otros, contribuyeron á empeorar la situacion. Los aristocráticos hijos del Sur, así como los hombres de otros Estados, miraban con cierta indiferencia, y se daban importancia con los rudos colonos de Nueva-Inglaterra, y estos en cambio no dejaban de criticar harto severamente el orgullo é insolentes modales de sus paisanos (\*). Washington se vió al fin precisado á intervenir en el asunto para indicar cuántos perjuicios resultarían de aquellas desgraciadas disensiones, y aquí parecenos oportuno citar sus palabras: «He sabido con el más profundo sentimiento que se han suscitado diferencias entre las tropas de las diversas provincias, y que se han pronunciado palabras, propias tan solo para irritar los ánimos, perjudicando la noble causa que estamos llamados á defender con nuestros brazos y corazones. Los oficiales y soldados deben tener muy presente que de ningún modo pueden auxiliar mejor á nuestros enemigos que dividiéndose y disputando entre sí, puesto que el honor del ejército, y la salvacion de nuestro país, depende solo de la buena armonía entre unos y

(\*) Un oficial americano escribió á un amigo suyo diciéndole que en su opinion las tropas de Pennsylvania y Nueva-Inglaterra se hallaban tan dispuestas á luchar entre sí como contra el enemigo.

otros, debiendo recordar que las provincias se han unido para oponerse al enemigo común, y para que desaparezca toda clase de distinciones entre los hijos de América. Conquistar gloria para este país, defendiendo sus libertades, debe ser nuestro único objeto, y el mejor soldado y mejor patriota será aquel que contribuya más á tan honroso fin, cualquiera que sea su grado y la provincia de donde proceda. Así pues, que desaparezca desde hoy en esta noble lucha toda distincion de naciones, países y provincias, sin que nadie piense más que en probar su valor contra el enemigo, y su amistad al hermano. Si despues de oír mis palabras hubiese algunos oficiales ó soldados que persistiesen aun en su inicuo proceder, mostrándose indiferentes á los principios de dignidad y al amor á su país, yo les aseguro, pues estoy suficientemente autorizado por el Congreso, que castigaré severamente á los culpables, espulsándolos despues del ejército.»

Las tropas británicas, que el general Howe tenía á sus órdenes, formaban un total de veinte y cuatro mil á veinte y cinco mil hombres, provistos de todo lo necesario, bien disciplinados y persuadidos de que iban á obtener una fácil victoria sobre los rebeldes. Auxiliados también por una numerosa flota, era de esperar que una sola batalla bastaría para destruir á los americanos, pero el jefe inglés y los que le enviaron á América, no sabían que los hombres que luchan en defensa de su libertad, son invencibles por su constancia, su celo y energía.

Y con este motivo creemos oportuno reproducir aquí una ó dos páginas de la admirable obrita de Mr. Tuckerman, en las que se bosqueja gráficamente la vida y hechos de uno de nuestros primeros héroes de la escuadra. «El hermoso puerto de esta gran metrópoli, ofrecía entonces un aspecto por

demás interesante. Anclada en las aguas de la isla de Staten aparecía la flota británica al mando de Lord Howe, y aun desde lejos hubiera sido fácil á un observador atento divisar claramente los complicados aparejos de aquellos magníficos buques de guerra, cuyos macizos cascos y brillantes cañones, proyectaban su negra silueta sobre las tranquilas ondas donde iban á reflejarse, ya los rayos del sol ó la pálida luz del astro de la noche.

»En las alturas de Brooklyn, en la isla de York, y en Paulus Hook, elevábanse las baterías de los americanos, pero aquella bahía, tan animada actualmente, donde pululan un sin fin de vapores, y se ve siempre un bosque de mástiles, era en aquella época muy solitaria, y no ofrecía á los beligerantes una posición muy ventajosa. El silencio que allí reinaba, las densas nubes que de vez en cuando oscurecían las cristalinas aguas agitadas con frecuencia por repentinas brisas, todo en fin contribuía á formar un paisaje propio tan solo para infundir tristeza á un observador.

»Era evidente que ninguna de las partes contrarias había resuelto aun cómo romper las hostilidades, pues conociendo seguramente cuán importante era salir airoso en el primer ataque, ninguno quería esponerse á una maniobra aventurada. Por otra parte, los americanos necesitaban asegurarse de que sus tropas se hallaban dispuestas á luchar con sus formidables enemigos, y era también preciso que se disipara la especie de vaga inquietud que pudiera haberles inspirado la presencia de aquellas máquinas destructoras, de donde en breve iban á salir torrentes de fuego, de aquellos buques cubiertos de picas y bayonetas, cuyos negros costados contrastaban vivamente con los uniformes rojos de la tropa, agrupada en pelotones junto á las piezas como si esperara ansiosa el momento de hacer jugar su des-

tructora artillería. Para un hombre valiente aquella inacción era por demás fastidiosa, y sin duda por esto, el capitán Talbot, que había obtenido se le confiara la dirección de un brulote, aprovechando un viento favorable, subió por el Hudson y fué á tomar una posición más favorable á sus intentos, cerca del fuerte Washington, á quince millas del punto en que se hallaba antes.

»Por espacio de tres días el capitán estuvo allí aguardando una oportunidad para obrar y á fe que no podía haber elegido un sitio más poético que aquel. Por un lado ibanse elevando gradualmente las orillas del río cubiertas en toda su longitud de magníficos cedros, cuya densa sombra anunciaba la proximidad de la primavera; en tanto que por el otro destacábanse como otras tantas fortificaciones naturales una infinidad de altísimas rocas grises semejantes á las empalizadas que hubiera podido levantar un ejército. Desde aquel sitio no podía verse morada alguna; el murmullo del agua confundíase con el del viento, y la dulce tranquilidad de aquel paisaje, no revelaba seguramente los mortales preparativos de la sangrienta escena que acaso iba á ocurrir bien pronto. Pocas horas después de haber anclado el brulote del capitán Talbot, conoció éste cuán acertada había sido su elección, pues tres de los buques ingleses, con objeto de proteger la izquierda de su ejército en caso de necesidad, acababan de abandonar el puerto para ir á ocupar un punto situado entre la embocadura del Hudson y el brulote. En su consecuencia, y habiéndose dado órdenes á la tripulación para que se preparase á un ataque nocturno, reunióse una buena cantidad de combustible, trementina y pólvora, y un hombre de la tripulación se comprometió á echarse sobre cubierta con una mecha encendida para pegar fuego en un momento dado.

»A las dos de la mañana, y en el mayor silencio, dirigióse el capitán Talbot con su gente en busca de los buques ingleses. El primero de aquellos era el *Asia*, de sesenta y cuatro cañones, y tan pronto como la tripulación de éste divisó á su enemigo, sin temer peligro alguno y sin dar apenas tiempo á los que dirigían el brulote para lanzar los garfios al buque inglés, rompió éste el fuego, siguiéndose entonces una escena difícil de describir. El profundo silencio que reinaba en aquellos sitios fué interrumpido repentinamente por el estruendo del cañón, por los lamentos de los heridos y por los gritos de cólera de los ingleses, y en un instante, á las densas tinieblas de la noche sucedió un resplandor inmenso que permitió ver el fuerte, los campos y las aguas, tan distintamente como si fueran las doce del día, divisándose también los gigantescos buques de guerra que se apresuraban á ir en socorro del *Asia*, para apagar las llamas del naciente incendio, lanzando al mismo tiempo una lluvia de balas sobre el bote donde se había refugiado el autor de aquel desastre con sus bravos compañeros. Aunque todo aquel espacio se hallaba verdaderamente iluminado por una lluvia de fuego, solo dos balas tocaron en la barca en que se apiñaban los fugitivos, y en la cual había entrado el último el capitán Talbot, que quiso antes asegurarse del éxito de su empresa. El hombre que dió fuego á la mecha, había saltado el primero en dicha barca donde fué recogido por sus camaradas porque se hallaba en un estado lamentable. Toda su ropa estaba consumida, tenía la piel abrasada desde la cabeza á los pies y había perdido completamente la vista.

»Viéndole en tan triste estado, sus compañeros después de desembarcar le condujeron cuidadosamente á través de los solitarios

bosques hasta llegar á un pequeño caserío, pero al ver al herido, los muchachos que allí se encontraban comenzaron á dar tales gritos que en ninguna parte quisieron abrir la puerta, hasta que al fin una pobre y anciana viuda ofreció hospitalidad á los marinos, facilitando una manta para que se recostase aquel pobre hombre. Por fortuna, algunas horas después, pasaron por allí dos oficiales americanos, el general Knox y el Dr. Eustis, y habiendo tenido conocimiento del hecho, acercáronse á visitar á su paisano. El doctor consiguió bien pronto mitigar las dolencias del herido, el cual, aunque privado algún tiempo de la vista, pudo trasladarse pronto á Hackensack para terminar su convalecencia. Entretanto el *Asia*, consiguió á costa de grandes esfuerzos salir de la peligrosa situación en que se hallaba, pero aquella atrevida empresa de que estuvo á punto de ser víctima, alarmó tanto á los ingleses y de tal modo les hizo perder su confianza, que levaron anclas inmediatamente y fueron á reunirse con el resto de la escuadra. Aquel suceso reanimó las esperanzas de los americanos así como hizo concebir inquietudes á los ingleses, y tal fué su influencia, que el Congreso resolvió el día 10 de octubre siguiente dar un voto de gracias al capitán Talbot, recomendándole especialmente al comandante en jefe, después de haberle concedido el grado de Mayor. Hé aquí en qué forma se dictó el acuerdo:

»Diez de octubre de 1777.—Hemos resuelto que el capitán Silas Talbot, del Estado de Rhode-Island, sea promovido al grado de mayor del ejército de los Estados-Unidos, en consideración á su mérito y servicios que prestó en una atrevida empresa que tenía por objeto incendiar uno de los buques enemigos. Al mismo tiempo deseamos que se le recomiende al general Washington, para que lo